

F. 233-334 F. 302-303
235

EL CATOLICISMO



PERIÓDICO SEMANAL, RELIGIOSO, FILOSÓFICO I LITERARIO.

Non enim quod bonum est malè accipiuntur et rursus pacem colimus, legitimi pugnantibus, atque intulentes nostris, spiritusque regulam nosmet continentes. S. Greg. Nazianz.

2145

EL CATOLICISMO.

Doctrinas socialistas.

Hombres hai que, fingiéndose amigos del pueblo i aspirando a una triste celebridad, han dicho: «Dios es el mal... Es un ser cruel i fantástico que te engaña, oh pueblo! recomendádate la virtud, la paciencia, la resignación, i la esperanza en los padecimientos. Rompe este ídolo, destruye todo lo que se oponga a tus goces i placeres. La tierra es tu dominio. La propiedad es un robo. Los bienes son fuyos, como de aquel que los ha adquirido; obligalo a que los parta contigo; arma tu brazo del puñal si es necesario i cojerás el fruto de la ciencia social; serás igual a Dios sobre la tierra, i el reformador de su Providencia i su justicia.» El famoso Proudhon ha dicho: «no mas autoridad; libertad absoluta del hombre, porque la democracia es la abolición de todos los poderes espiritual i temporal, legislativo, ejecutivo, judicial i de propiedad. La verdadera forma de gobierno es la anarquía. El que ponga la mano sobre mí para gobernarne es un usurpador, lo declaro mi enemigo.» Admirablemente ha compendiado El Neo-granadino estas doctrinas en su número 344. «La autoridad es la negación del derecho, i esta negación es el derecho divino; el derecho divino, que desconoce el derecho del pueblo. La libertad o el ejercicio pleno de los derechos del hombre que es el único soberano de sus propias acciones.» ¡Asombroso talento que en tan pocas líneas niega la autoridad divina, la Religión, la Iglesia, la autoridad humana, la sociedad, la familia, la propiedad, la justicia, la Providencia, los gobiernos doméstico, civil i político! Se hace una pública profesión de ateísmo, como último término en que hallarán los pueblos reposo, dicha i prosperidad.

Opinamos que la libertad de conciencia no puede comprender la exhibición de tan monstruosas doctrinas. Una sociedad política que no tiene moral reconocida, es una sociedad perdida. La libertad de cultos debe tener garantías, pero no debiera tenerlas la indiferencia, la negación de la verdad religiosa. Una opinión, una doctrina, que no se liga a una verdad preexistente, es un monstruo, dice Baffar, es nada; ¡i el indiferentismo i ateísmo a qué verdad anterior pueden ligarse! La libertad de conciencia no debe extenderse hasta atacar el principio de la autoridad divina, difundir el ateísmo, excitar al desprecio de Dios, de la familia, de la propiedad, de la justicia, de toda autoridad, del pudor, i encender en la sociedad la tea del odio i de la discordia. Juan Jacobo Rousseau ponía al ateísmo fuera de la lei de la tolerancia general, que daba a todas las opiniones, i castigaba su profesión pública con el destierro i aun con la muerte. No queremos, no, la muerte ni el destierro para nadie; pero, ¡cuán ardientes son nuestros votos, porque escritores de talento, que se toman la laboriosa como bella tarea de instruir al pueblo, se detrasen sobre la talla de esos hombres miserables, que buscan por la originalidad o la audacia una funesta celebridad; que sacudiendo el lodo de esos sistemas del error i del engaño, que colocábase en el terreno de la sana razón, de la verdadera sabiduría, sometiendo su filosofía a las luces brillantes i a los irrecusables testimonios de la eterna verdad; i oyendo el grito de esta patria que aman; en vez de conducir a la sociedad a los abismos de la anarquía i de la muerte, construyesen los fundamentos de un porvenir feliz a este país, i de una verdadera gloria que cubrirá entónces tambien

sus nombres! Si; puedan nuestros escritores, que personalmente apreciamos, salir de esos desiertos tenebrosos de la duda, de la mentira i de las ilusiones, en donde no se encuentran sino fantasmas i abismos en medio de los cuales son enigmáticas Dios, la sociedad i el hombre i sus destinos; en donde no se vé a Dios ni en los Cielos, ni en la tierra, i se quisiera desterrar de la conciencia, en donde las obras del Criador, los prodijios de su sabiduría, los desvelos de su Providencia, i los tesoros de su bondad son un libro cerrado; i puedan, guiados por la luz del Evangelio, hallar el camino i el campo de la realidad, que cultivado por sus talentos, les merecería no las maldiciones sino el reconocimiento de la generación que nos sigue!

Aunque a primera vista parece que nada hai que temer de esas monstruosas doctrinas que espantan a la sana razón, i rebelan la conciencia de los pueblos, con razón se manifiestan alarmados los Editores de «El Porvenir,» i invitan a los hombres sensatos a que cooperen a la publicación de los buenos principios i a su circulación en toda la República; con razón, decimos, porque aquellas funestas enseñanzas tienden i poco a poco borran las nociones de las verdades morales mas elementales, el sentimiento del derecho, la conciencia del deber, la conciencia del deber i de la justicia, vida i fuerza de las sociedades humanas. «Una nube de bárbaros, ha dicho un escritor francés observador del espanto que habia producido la aparición de las doctrinas socialistas en medio del mundo civilizado; que habia visto a su nación al borde del abismo; que habia escuchado la voz del Pastor que vela en la salud espiritual i temporal de los pueblos, la voz del ilustre i venerable Pontífice, invitando a los hombres de ciencia sana a oponer con sus luces un dique a la propaganda socialista;» una nube de bárbaros, salidos ha dos siglos de la oficina materialista, escéptica i revolucionaria que ataca directamente las bases del mundo moral, se ha cernido sobre la Francia i la Europa. Sin pudor, i extrajera a todo sentimiento natural i legítimo, coloca la servidumbre del vicio i de la corrupción en lugar de la libertad; la abolición de los mas santos afectos de la familia i propiedad; es decir, un nivel destructor i homicida en el lugar de la igualdad, i trasforma la fraternidad en un derecho de insurrección, de muerte i de robo. Están así a punto de cumplirse las palabras casi proféticas de M. de Bonald, hablando del espantoso progreso del eclecticismo filosófico: *bien pronto no habrá en Europa sino cristianos i ateos i entónces no habrá mas que asesinos i víctimas.* Esta horda evoca todos los monstruos que el orgullo, la envidia i una brutal sensualidad pueden hacer salir de las misteriosas profundidades de corazones degradados que Dios ha abandonado.»

En esta lucha suprema no es posible quedar neutral o mudo. Si en los tiempos ordinarios todo hombre de bien debe a los pueblos la verdad, i el tributo de sus convicciones; si la dicha del género humano i de su patria, su dignidad, su gloria, sus inmortales destinos deben ser la regla constante de sus pensamientos, el móvil de sus acciones, el objeto de todos sus escritos; este deber viene a ser mas imperioso i sagrado en las grandes conexiones, en los cataclismos sociales. Entónces la única vía de salud está en presentar a los pueblos la verdad en toda su fuerza, las leyes i costumbres en toda la belleza de su perfección. Las naciones sienten vivamente la necesidad de su propia estimación; desprecian a los aduladores de sus pasiones i sus vicios; alaban i acaban por seguir a los hombres valerosos, que condenan el crimen, realzan el brillo de la vir-

tud, i les proponen sin reserva las medidas rejenadoras de una política grande i fuerte. Ante todas cosas es necesario hacer indestructibles los fundamentos del edificio social: la Religión, la verdadera filosofía, la familia, la propiedad, la autoridad, la libertad, i las leyes jenerales i comunes a todos los pueblos civilizados.

Quando inconsideradamente se intenta difundir en un pueblo nuevo, que aun no se ha constituido, i que trata de organizarse, máximas corruptoras, enseñanzas antisociales, en un pueblo que tiene atento el oído a la novedad, cándido i expuesto a todo viento de falsas, seductoras i engañadoras doctrinas ¿qué diremos nosotros? Sin Religión, sin moral, sin autoridad, sin orden, ¿a dónde se pretendería conducirlo? Sobre qué bases se querría levantar este edificio?

«La autoridad, se dice, es la negación del derecho;» ¿qué es pues el derecho? de dónde viene i en qué consiste? Si la lei no tiene autoridad que demande su respeto i obediencia, es una letra muerta. Si el legislador no está investido de la autoridad que dé un carácter imponente a sus leyes, serian dictadas sin valor. Los tribunales serian reuniones de hombres aplicando textos a los hechos, sin consecuencia. Si la autoridad no es un derecho, ¿con cuál se presentaria la lei para ser obedecida? Con cuál sus ejecutores exigirían su cumplimiento? Con cuál los tribunales pretenderían la ejecución de sus fallos? La autoridad no solamente preside a la ejecución de las leyes i reprime sus infracciones, sino que preside a las leyes mismas. La autoridad es la fé de los pueblos en el orden, en su estabilidad; no se les podría arrancar la idea de autoridad, como no se podría borrarles la de su existencia. Se obedece porque se tiene fé en la autoridad, i por eso no la tienen leyes de un día, poderes efimeros, proyectos ambiciosos. No se conciben derechos sin autoridad: sin autoridad no se concibe orden, ni justicia, ni paz. Autoridad, libertad son dos cosas, dice un escritor, que deben marchar de frente i que son igualmente necesarias para el bienestar del hombre. De su perfecta armonía depende la vida moral de los pueblos i de los individuos. La libertad es el principio que dirige las acciones humanas, la autoridad es su regla. La libertad es el aguijón de las pasiones: la autoridad es el freno. Sin la libertad el hombre seria un autómatas; sin la autoridad seria un bruto. Sin la libertad los imperios caerían en el despotismo; sin la autoridad se precipitarían en la anarquía.

Pero la anarquía es el estado feliz de los socialistas, es el objeto de sus trabajos i sus votos. Si, dicen, no reconocemos jueces, ejecutores de leyes ni leyes; pleno ejercicio de los derechos del hombre, i tantos soberanos cuantos hombres, únicos soberanos de sus propias acciones. Sus derechos están en la completa satisfacción de sus sentidos i de sus pasiones. Su poder i grandeza en remover todos los obstáculos que se opongan al goce sin límites de los bienes de la tierra, contentar sus apetitos, animar el cadáver del deleite, i nadar en los placeres. El derecho divino desconoce estos derechos, i de aquí la blasfemia *Dios es el mal.*

Así el socialista rebaja al hombre a una condicion inferior al bruto, desconoce su alma, su grandeza, i sus destinos; sacándolo fuera de sí mismo lo entrega a las convulsiones de un egoismo brutal, a la embriaguez i a la demencia, le arranca su razon, i abandonándole a una febril ajitacion, le excita a aturdirse en medio de pasiones que le torturan i despedazan su alma. La doctrina socialista inspirada por la envidia i el odio levanta al hombre así degradado, a su soberano, un trono de lodo, rodeado de desdichas i de miserias. Satisfechos los bestiales apetitos de este bruto soberano, embriagados sus sentidos se bañará en sangre, se lanzará en los crímenes buscando goces que no le llenan, placeres que no le contentan, i que desprecia.

Mas el hombre a este precio no seria feliz; no: seria el ser mas desdichado i miserable de la creacion; sus sentidos débiles i limitados, no pueden aspirar a una ilimitada satisfacción; tras el abuso viene la disolucion de los órganos. El hombre experimenta inquietudes, siente disgustos en medio de los placeres, en medio de esta posesion de goces materiales: el rico, el pobre, el poderoso, el débil, los reyes i las naciones, aun en medio de las seducciones del poder, de la pompa, de la grandeza i de la gloria, sienten su miseria i de aquí sus guerras i ajitaciones. Algo hai pues en él que no se satisface con los bienes de la tierra. El ojo no es el que se complace, ni el oído el que

se deleita; no es el estómago, ni la mano, ni el paladar, ni la carne, dice Battur, los que sienten el placer; hai en él alguna cosa de inmateral, esta es la que se ajita i disgusta. Si, el hombre se disgusta de los deleites, de los sabores mas exquisitos, de los mas refinados placeres, de la posesion misma del poder que se los asegura; todo deja en su corazon un veneno, un vacio horrible; i se siente miserable al lado de los goces, que parecia, debian asegurar su felicidad. Hai pues en él un sentimiento de grandeza que se descubre por el sentimiento mismo de su miseria, i al que no pueden bastar los placeres, sensuales. El hombre, ha dicho Pascal, no es mas que una caña, pero una caña que piensa... Los cuerpos todos, el firmamento, las estrellas, los reinos todos no valen lo que el menor de los espiritus.

El hombre si se eleva sobre esa esfera de la materia, descendiendo en sí mismo, i observa el movimiento de sus pensamientos, descubre en ellos un fondo inagotable de leyes eternas, nociones de orden, de autoridad, de justicia, de Religión, de moral, conveniencias, bellezas inmateriales, una confusa idea de su grandeza, de su origen, que bien léjos de hacerlo enemigo de Dios, pone su inteligencia en comunicacion con la inteligencia divina.

¿Sabeis qué es lo que hai en el hombre que no se satisface con bienes de la tierra, ni con lo que llamáis el pleno goce de sus derechos en oposicion con el derecho divino? Es aquel soplo de vida que el Creador le inspiró el dia de su creacion; ese soplo que no sacó de la materia i por el cual le hizo a su imájen i semejanza; a aquella alma hecha a la imájen i semejanza de la naturaleza divina, esa alma que desde entónces debia quedar para siempre unida a Aquel que la ha formado; desde entónces quedó formado el vinculo necesario de dependencia, de comunicacion esencial, el vinculo de vida entre Dios i el hombre. Desde entónces el jénero humano quedó bajo la mano de su Creador, dice Bossuet, conservado por su bondad, gobernado por su sabiduría, salvado por su misericordia, i sujeto siempre a su poder.

El derecho divino jamas puede desconocer los dones que el Creador quiso conceder a su criatura inteligente. De Dios vienen los derechos, de Dios viene la autoridad; todo bien emana de Dios como de su fuente, i de Dios viene todo poder. Léjos de apartar el hombre de su Dios, reconozcámosle su augusta comunicacion; si le abandonamos a sí mismo con el pomposo nombre de Soberano, no le dejamos mas regla que sus pasiones, sus caprichos i violencias; sus nobles instintos cambiados en instintos brutales, i de una salvaje ferocidad. «Dios i el hombre; dualidad santa i fecunda! Misterio, valiéndonos de las palabras de Battur; misterio de verdad i de justicia, de misericordia i de paz, de sacrificio i expiacion, de union i de amor, de abatimiento i grandeza; de sufrimientos i alegrías, de pobreza i de gloria! No rompamos esta hermosa cadena cuyo primer eslabon colocado en las manos del Altísimo, detiene a la tierra sobre la pendiente del abismo. ¿Correspondencia sublime, áncora de la nave del Estado en las tempestades, su timon i guía en el gobierno i en las leyes. No destruyamos esa misteriosa escala de Jacob, por la que incesantemente suben los ángeles llevando a Dios nuestros ruegos i lágrimas, i descenden para derramar sobre la tierra los tesoros del Cielo.»

CRÓNICA INTERIOR.

CUARENTA HORAS EN SAN DIEGO.—Este santo ejercicio se ha hecho en aquella Recoleta en los dias 2, 3 i 4, de la última semana con notable devocion i gran concurso de los fieles de la ciudad. Antiguamente era este el tiempo de las fiestas llamadas de San Diego, en que léjos de honrar a la Virgen del Campo, era una verdadera profanacion de su culto; pues los juegos de suerte i azar que se exhibian públicamente i en donde tanto padecian no solo las fortunas particulares, sino la dignidad de las Señoras i la moralidad de los hijos de familia, hacian formar la mas triste idea de nuestras costumbres. Pero estos espectáculos han desaparecido por el transcurso del tiempo, i hoy los garitos están relegados a algunas pocas casas particulares, no atreviéndose a presentar la cara en plena luz, ni queriendo que se sepan sus pérdidas o ganancias los que concurren a ellos. Bajo este respecto sí ha habido